Con un farol. Con un tabaco

Hace más de dos años escribí un texto sobre González Puig que ahora releo con tristeza. Lo titulé --y aún creo que me quedé debiéndole- "Mil y un Puig". La cifra trataba de contabilizar ingenuamente aquella propiedad, mitad camaleón, mitad Josephine Baker, que permitía a su pintura escapar de las definiciones estilísticas y demás plagas interpretativas mediante el uso y el abuso de las más estrafalarias mutaciones. Leyó el texto y me llamó al Museo: "Oye, ¿no te parece que sobran por lo menos mil?". La muerte de Puig me privará esta vez, y acaso para siempre, de sus graciosos comentarios y de la carcajada teatral, de opereta, con la que entonces recibió mis elogios. Aquella risotada olímpica e inesperada como un acceso de tos tras la que lograba ocultar su emoción, su orgullo o su propia tristeza.

Lo conocí ya viejo. Jovial, disparatado y repentinamente escéptico. Veía su obra como si fuera ya de otro. Se alegraba o hacía un gesto despectivo cuando le "descubría" sus tesoros. Montones de dibujos y pinturas que fue sedimentando en los oscuros anaqueles de su modestia. "¿Qué es esto?" -decía. Se extrañaba --o hacía que se extrañaba de haber pintado alguna vez aquellas maravillas. Todo sincero. Luminoso. Con una lozanía que ya muchos quisieran para un día de fiesta. Disfrutaba de mi entusiasmo con la mirada lejana y llorosa del que está ya de vuelta. Tranquilo de sus méritos. Sabiendo que en todo aquello estaba Puig. Pero temeroso de no saber quién era realmente Puig. "Qué raro, ¿no?" Y alzaba sus ojillos de niño travieso para esperar mi reacción. Señalaba de pronto la belleza del verde, del amarillo, la textura de un árbol, la punta de una estrella. Convencido de haber inventado los colores, los bosques y los astros. Luego se descalificaba con vergüenza: "Ese no vale nada. Mira éste". Y parecía entonces vanidoso, inmodesto. Registraba en su propio desorden como si fuera en casa de un extraño. Buscándose. Retrocediendo. Volviendo a pintar uno a uno todos los cuadros que mostraba. Echaba abajo una montaña de intrincados papeles. Sacudía. Rescataba un grueso bulto de temperas inéditas o un álbum de oxidados apuntes. "Esto nadie lo ha visto". Desempolvando gustoso su misterio. Un misterio que nunca alimentó pero que fue, sin embargo, engulléndolo con su fea bocaza. Qué raro ¿no?

Más de una vez la indiferencia puso sobre González Puig sus cuatro patas. Como la de otros pintores alejados del forcejeo de los estilos y las modas, su obra fue inscrita en el registro de **maestros menores** --género provincial, especie autodidacta-- junto a la producción inclasificable de Samuel Feijóo y Benjamín Duarte. ¿A quién iba a ocurrírsele que Puig fuera también un **gran maestro**. ¿Quién va a atreverse a comparar a Lam con Duarte, o a Portocarrero con Puig? Por alguna razón desconocida a veces se decide la magnitud de los artistas por la mayor o menor intensidad de su brillo. Como grises astrónomos, los que se ocupan de esta curiosa actividad van numerando y dando nombre a las estrellas. Clasificando. Priorizando. Reorganizando las constelaciones según el tamaño de su Universo o de sus ojos. Sin saber que hay artistas que deciden voluntariamente brillar menos o incluso no brillar.

González Puig alumbró la pintura cubana con un farol de parque. Con un tabaco. Dejando para otros las lentejuelas y bengalas. Preocupado por el calor de la simplicidad, que es lo que envidian todas las estrellas. Luz de la risa y relámpago del corazón. ¿Puede hacerse de otra manera una gran obra? Para ser grande sólo necesitó alcanzar la altura de los papalotes, de las chiringas. Por eso su obra nos mira ahora no como Dios desde las nubes, sino como un gorrión desde el tendido eléctrico. ¿Hay altura mayor?

Recuerdo que en una de mis visitas miré (llevándome el pulgar y el índice al mentón como hacen los especialistas) uno de sus cuadros de esmalte y chapapote. "Dripping. Pollock. Años 50. Hmm... --reflexioné. Ernesto le pasó el trapo con indolencia. "Este es el payasito" -anunció. "Pero... --me asombré-- ¿no es...abstracto?" "No, hombre; es un payaso. Del Santos y Artigas." Y sonrió con benevolencia. La técnica era abstracta. El resto era el chorreo de una imaginación afincada en las cosas del hombre. Popular. Pueblerina. De Cabañas, de Santa Clara, de Marianao. Con todo lo que de universal pudiera pedírsele, sin embargo, el substrato, la raspa final de la pintura de Puig fue siempre inconfundiblemente cubana. En su excursión imaginaria por las vanguardias europeas --desfasada y extemporánea como la de nuestros mejores turistas-- Ernesto siempre llevó puesta su guayabera manchada de café. En sus obras más sofisticadas (si las hubiera) metió con alegría algún chiste, un disparate, alguna señal invisible --pero inequívoca-- de que por ahí estaba pasando nuestra idiosincrasia, nuestra cultura, nuestra sabrosa mitomanía tropical.

Otro día, señalándome un hermoso gallo cuadrúpedo (¿o era trípode?) el artista dictaminó: "A ese cabrón ponle **Mitología casera**." Formulé entonces la pregunta que hacían los discípulos del budismo zen antes de recibir el bastonazo: "¿Por qué, maestro?" La respuesta fue breve y resplandeciente: "Yo qué sé. Pregúntale a la gallina." --y cacareó una risa vibrante como un gong. Así de vasto y hermético era su no-saber. La intuición que le dicen. Azucarada y a fuego lento. (¿Hará falta explicar que es el gato quien realmente tiene cuatro patas?)

De ahí que hasta el más simple de sus apuntes tenga ese "**no sé qué**" que tanto desconcertó al Padre Benito Feijóo en el siglo XVIII y que hasta hoy --9.30 pm-- ninguna teoría ha logrado hacer más claro: ese "primor misterioso que cuando lisonjea el gusto, atormenta el entendimiento", y que queda que ni pintado para entender-desentender a Puig. Ese "**no sé qué**" que no es producto de la metódica lucubración o del respeto de las reglas y leyes, sino más bien de ese anti-mecanismo extraordinario que hace a algunos creerse Napoleones y permite a los niños hablar con su zapato o su carriola. (¿No es rarísimo que, a todas éstas, González Puig haya sido durante muchos años profesor de Psicología?) Quizás sea cosa de leer algo sobre la Gestalt. O estudiar bien a Jung. O --lo cual es más sencillo y económico-- enloquecer y ya, que para eso sobran motivos y ocasiones. Y por las dudas, seguir escudriñando su pintura hasta encontrar la cadenita. Porque si nos ha hipnotizado, por algún lado tiene que andar la cadenita.

Orlando Hernández
La Habana, agosto de 1989